

Hacer teología hoy, también para mañana

Dr. Pablo Peralta Ansorena
Facultad de Teología del Uruguay “Mons. Mariano Soler”
Semana Teológica 2007

Podemos decir algo sobre Dios. Es posible porque Dios nos habló primero. Él es la Palabra viva y eficaz, cuyo eco resuena en los confines del universo. No ha existido, no existe, ni existirá lo que no haya sido dicho en esa Palabra. Toda palabra humana, sea de adhesión o rechazo, es respuesta a esa palabra que regala el ser, la existencia, el origen y la meta.

Hacer teología hoy y, como ayer, mañana, es hacer espacio a la Palabra para que sea dada a luz en lo concreto del mundo, de la historia, de la vida nuestra. Decir algo de Dios es sólo posible si nos hemos dejado tomar por su iniciativa amorosa que, viniendo a nuestro encuentro, suscita nuevas palabras. Hacer teología es decir palabras de y desde la Palabra.

Hablar de Dios desde el silencio...

No por obvio podemos decir que está sobreentendido: La teología nace en la experiencia de Dios y no en una simple reflexión y discurso que gira sobre sí mismo. Y la experiencia de Dios acontece **en el silencio**. No en el silencio del que calla para enredarse en sus pensamientos; no en el silencio del que no tiene nada que decir. La teología se hace posible en el silencio de la escucha, en el silencio activo que se deja fecundar por una palabra que vive en el horizonte de lo Eterno. Es el silencio del que comprende que lo que ha de decir y anunciar, que lo que ha de pensar y expresar es en sí mismo Inefable, Inexpresable. No se trata de aquello que no podemos decir porque no sabemos de qué hablamos, ni de aquello para lo cual no encontramos las palabras adecuadas. Lo Inefable es acogido como experiencia que cambia nuestra vida y nos hace caer de rodillas en la presencia de la luz y en paz.

Paradojalmente ante esa palabra descubrimos la inutilidad de toda teología. La teología no será jamás algo útil, necesario, conveniente, oportuno, adecuado. En sí misma no sirve para nada. Tiene su lugar al interior de un encuentro que, porque nos descubre quiénes somos y nos salva, no podemos dejar de narrar, anunciar, vivir, gritar a los cuatro vientos. No es posible la teología fuera de ese encuentro. No es posible la teología si el encuentro no nos ha cambiado la vida. La teología sólo es posible desde el encuentro que provoca adhesión de fe y se vuelve seguimiento en la vida.

En este sentido, lo que decimos en teología, nuestra respuesta en forma de teología, ha de haber encontrado su lugar, antes que nada, en nuestro corazón, alentando nuestra inteligencia y voluntad, potenciando nuestra sensibilidad, haciendo estallar nuestra imaginación y haciéndose carne en nuestra manera de tocar, mirar, escuchar, gustar, desde lo profundo, la realidad y la vida.

Hablar esa palabra hacia los hombres de nuestro tiempo no es simplemente cumplir el mandato evangélico de anunciar las maravillas que Dios hace en nosotros, sino que es el natural desborde de quien ha sido concernido y transformado hacia lo mejor de sí mismo, en el encuentro con Dios.

La Palabra resuena y hace vibrar el cuerpo entero de Cristo en la historia de los hombres. La teología no es palabra de elegidos o iniciados, es palabra de una comunidad nacida de lo Inefable, comunidad testigo y guardiana de la palabra. Cuando la Iglesia habla de Dios sabe que debiera callar, pero, a la vez sabe, *que callar de Cristo, significa hablar. La palabra fecunda de la Iglesia nacida del silencio fecundo es la predicación acerca de Cristo*¹ *Hablar de Cristo deberá ser, necesariamente, un hablar en el silencioso espacio de la Iglesia. Hablamos de Dios desde Cristo, con Él, por Él y en Él en el silencio humilde de la comunidad sacramental que adora*².

¿ Quiere hacer teología? ¿ Quiere decir algo sobre Dios? ¡Haga silencio!

Vivimos aturridos. Vivimos invadidos por tanto ruido, tanta palabra y discurso... Saber escuchar es un don que requiere de ejercicio y entrenamiento. Saber escuchar implica que algo nos sea dicho y que lo recibamos en apertura. La escucha presupone la palabra y vive de ella³. Escuchar no es una actividad meramente física o fisiológica que incumbe a las posibilidades de nuestros oídos. Escuchar es realización de lo humano y actualización de nuestras posibilidades más hondas. En el escuchar vivimos y respiramos. Cuando escuchamos, escucha en nosotros todo lo que somos, lo claro y lo contradictorio, el amor y el odio, el duelo y la alegría, la posibilidad y la necesidad. Escuchar es un modo de estar despiertos, en vigilia, esperando lo Inesperado. Y por ello mismo, el escuchar es una forma excelente de actividad. El hombre actúa su humanidad abriéndola de par en par, haciendo de ella tierra fecunda en la que se acoge y germina la Palabra. *Hágase en mí tu Palabra!* (Lc. 1,38)

El escuchar encuentra su verdadero espacio en el diálogo, situación fundamental del ser humano que se abre al alumbramiento del Tú. La vida humana crece y adquiere forma en el diálogo, desde el callado encuentro de la madre con el niño hasta su acontecimiento en la familia, en el ámbito del enseñar y aprender, del anuncio y la fe, del amor y la amistad. La cultura toda es acontecimiento dialógico en cuanto realización eminentemente humana.

Al escuchar corresponde el decir, como al yo corresponde el tú. Sólo cuando he escuchado y comprendido puedo decir algo, sólo cuando soy escuchado y comprendido me pueden dirigir una palabra que me diga algo.

En todo caso tenemos que tener en cuenta que cuando cambian las mediaciones en que se dice la palabra, también cambia el modo de escuchar.

¹ BONHÖFFER, Dietrich, Primera Aula de Cristología (Berlín 1933), en BOFF, Leonardo, Jesucristo, el Liberador, Indoamerican-Press Service (Bogotá 1977).

² Ibid.

³ WELTE, Bernhard, Vom rechten Hören, *Gespräch ohne Partner*, Edit. HEMMERLE, Klaus, (Freiburg 1960) 9-26. Las ideas fundamentales respecto de la actitud de la escucha han sido inspiradas por el artículo citado.

Cuando la humanidad inventó la escritura hizo de la palabra algo legible y del leer una nueva forma de escuchar, *Leer es como escuchar con los ojos*. Decir y escuchar. Escribir y leer. La escritura cambió el modo de escuchar. La voz sin rostro que escuchamos en la radio supuso un nuevo cambio. La imagen, que respalda y ensancha la palabra en los medios audiovisuales dice de una nueva forma y requiere un nuevo modo de escucha. A cada forma de decir corresponde un modo de escuchar. Hoy comprobamos que la creciente importancia del decir y escuchar a través de algún medio lleva a perder la espontaneidad y el calor del encuentro comunicacional.

Constatamos un gran desarrollo en los planes de educación y formación en lo que respecta al aprendizaje de nuevas técnicas para hablar y comunicarse a través de nuevos medios. Hemos aprendido a decir las cosas de formas diferentes: en la conversación cara a cara, por teléfono, con un mensaje de texto, vía mail, proyectando nuestra imagen a través de una insignificante camarita de un confín a otro del planeta,... Pero este inmenso desarrollo de las posibilidades del decir no ha sido acompañado de una escuela igualmente eficiente en lo que respecta a las diferentes maneras de escuchar. Los técnicos advierten que muchas personas tienen grandes dificultades para comprender un texto sencillo. En un mundo en el que tantas voces intentan hacerse oír, corremos el riesgo de que, como resultado de la avalancha de decibeles, desaprendamos definitivamente el escuchar. Es posible que el ruido ambiente ya nos haya vuelto sordos a muchas voces y palabras. El Dios discreto, que se acompaña de la brisa de la tarde, ¿tiene aún posibilidades de hacerse oír?

Conocemos la gracia que significa encontrar quien nos escuche. Y ello porque *recién en la escucha se desata y relaja la palabra en la que alguien dice algo. Recién en el silencioso espacio del buen escuchar, gana la palabra la confianza para desplegarse. ¡Cuánto necesita la palabra de esta confianza!*⁴ La escucha atenta y generosa es la que regala coraje al decir y hace posible el milagro de la palabra que acontece, irrumpiendo desde su propio origen, y haciendo nuevas todas las cosas. El escuchar tiene la fuerza de dar a luz la palabra recibéndola y recibiendo en ella al que habla. En la recepción, que acoge la palabra, la palabra se hace carne. Los que no reciben la palabra se privan de la vida nueva que ella hace posible. En cambio, los que saben escuchar, regalan al que tiene algo para decir la posibilidad de decirlo. El escuchar da vida y da a luz lo escuchado.

Profetas y oradores, docentes y actores, músicos y enamorados conocen la magia que vive donde se les escucha bien. Quien escucha, calla y acoge la palabra en vivo silencio y la sostiene, como el agua al nadador. Todo decir nace, no del decir, sino del escuchar.

Conocemos las enfermedades del decir y hemos desarrollado métodos y terapias para corregir y superar tartamudeos, timideces y dislexias. Pero, ¿qué pasa con las enfermedades del escuchar? ¿Somos conscientes de su existencia y gravedad? Es importante saber decir con claridad. Pero, ¿qué pasa cuando no sabemos escuchar con propiedad?

Existe el escuchar bueno y el malo, el justo e injusto.

⁴ Ibid.

Nuestro escuchar puede mostrarse *obstruido* y en esa obstrucción volverse *parcial y prevenido*. Quien padece esta enfermedad no escucha más que sus propios pensamientos en los que se ha encerrado y asegurado. Se escucha a sí mismo en lo que dice el otro. El otro, que me dice algo, se vuelve simplemente un medio en el que busco ratificación para ser y sentir y pensar como ya soy, pienso y siento. Eso también nos puede ocurrir cuando hacemos teología. Podemos hacer una teología que nace del decir, una teología que no escucha ni a Dios ni a los hombres, cerrada a las preguntas y a los decires que vienen a nuestro encuentro y a los que, como intérpretes, hemos de intentar comunicar. Podemos hacer una teología que sólo busca la ratificación de quien habla en su propio decir. Ello ocurre cuando, por ejemplo, respondemos preguntas que nadie nos ha hecho y a nadie interesan, mientras ignoramos y salteamos aquellas que se nos plantean con urgencia.

Conocemos también un *escuchar subdesarrollado*. La capacidad de escuchar influye radicalmente sobre lo que dice el decir. Nos preocupamos por decir bien. Pero, ¿consideramos las posibilidades de nuestros escuchas? ¿Buscamos el lenguaje adecuado? ¿Aprendemos el arte de la simpatía necesaria para que el decir encuentre eco en el escuchar? Hablamos mucho de Dios. En su nombre sometemos a los demás a una avalancha interminable de palabras sobre Dios y lo que quiere y espera de nosotros. Pero a menudo me queda la sensación de que forzamos a nuestros contemporáneos a sentirse como analfabetos frente a una crítica de arte que usa un lenguaje elaborado concretamente para que nadie lo comprenda y encima sin misterio y sin vida. El Dios-con-nosotros fue tan sencillo en su hablar de las cosas de Dios... Tan capaz de ser comprendido por los sencillos y humildes... ¿Será que envolvemos en palabras difíciles lo que aún no hemos logrado comprender?

Existe un *escuchar superficial* que apenas se deja rozar por la palabra, como cuando ponemos la radio como trasfondo sonoro. La sentimos sonar, nos damos cuenta si se apaga, pero no tenemos idea de qué dice o quién habla en ella. De hecho nos inmunizamos contra cualquier estímulo que pudiera llegar a cuestionarnos, modificarnos, provocarnos. ¿Nos pasa lo mismo respecto de la palabra de Dios? Si, al hacer teología, escuchamos la palabra de Dios superficialmente, terminaremos hablando de nosotros mismos y, encima, en envoltorio light. .

Hay formas de la escucha que son decididamente perversas, que no requieren de educación sino de conversión.

Por ejemplo, el *escuchar frío* que registra de modo indiferente, sin involucrarse o comprometerse, sin simpatía o interés. La frialdad puede congelar el decir, de manera que deja de brotar. Cuando se nos escucha sin participación o disponibilidad, muere hasta el deseo de decir.

El *escuchar malintencionado* adquiere la forma de la desconfianza; es un escuchar *que tiende emboscadas* y espera que quien habla caiga en la trampa y muestre la hilacha. Aquí no se escucha, peor aún, quien aparenta escuchar pretende ya saber lo que dirá el otro y espera el resbalón en que se confirmarán sus previsiones.

Existe el *escuchar por otro*, como cuando pienso en lo bien que le vendría a tal o cual lo que acaba de decirse. De esta manera me coloco por fuera de lo dicho en lo que a mí respecta. Existe un escuchar *paralizante y enfermizo* que mata el decir y a quien

habla.

Si queremos hacer hoy una teología que abra futuro, tendremos que desarrollar las posibilidades de escucha en nuestros contemporáneos, procurando la disponibilidad para un *escuchar abierto*, que regala espacio a la palabra y ofrece a quien la dice un espacio de libertad.

Necesitamos una ascesis en nuestros hábitos del pensamiento y del decir, para escuchar lo que el otro dice y no lo que yo creo que debería decir o lo que quiero que diga. A la disponibilidad del escuchar corresponde coraje, libertad y fe: coraje para salir del refugio y seguridad de los preconceptos; coraje para exponernos a las dificultades y aventuras que se plantean si nos disponemos a escuchar. Este coraje es libertad que supera el miedo y la estrechez. Y a la disponibilidad de la escucha corresponde la fe de confiar en lo imprevisible que puede venir a nuestro encuentro.

Hacer teología no consiste simplemente en pensar y decir algo, sino que incluye formar y desarrollar las posibilidades del escuchar. Así lo hace Dios cuando crea en nosotros la posibilidad de recibirlo, comprenderlo y hacer experiencia de lo que nos dice.

Una buena escuela para aprender a escuchar es tratar asiduamente con las grandes palabras que han sido pronunciadas por Dios, por los grandes y los santos a través de la historia, las palabras de los doloridos, de los niños, de las mujeres, de los sencillos, de los enamorados. Hemos de alentar un trato valiente con esas palabras, un trato animado por la confianza.

Escuchando aprendemos a escuchar más allá de lo dicho, a escuchar la vitalidad secreta de lo dicho: lo no dicho en todo decir. Y lo no dicho es, a veces, lo más grande del decir. Lo no dicho es el otro, el Otro, el que dice. Escuchar no sólo lo que se dice, sino escuchar a quien dice, es la verdadera meta de la escucha y ello ocurre recién si aprendemos a escuchar con todo lo que somos.

Escuchar con todo lo que somos constituye un riesgo. En la apertura del escuchar nos desnudamos, mostramos nuestra posibilidad y nuestra indigencia. Por eso el escuchar debe ser crítico. En cada palabra sale a luz algo esencial de nuestra existencia. Es una palabra que quiere ser dada a luz de nuevo en cada tú con el que hablo o peleo para poder alcanzar un nuevo resplandor y sonido. Al buen escuchar pertenece creer y atender a lo eterno en toda palabra. Es un escuchar creyente porque lo eterno quiere, aquí y ahora, hablarnos con nueva voz.

Lo eterno sólo puede ser percibido en la fe. Un escuchar apurado, que cree saberlo todo, rompe el tierno círculo de la simpatía y de la fe y ahoga el fresco sonar de lo eterno. La fe de quien escucha ayuda al que habla a decir lo que esencialmente quiere y a decirlo ahora.

Los cristianos tendrían que ser excelentes escuchas porque conocemos la necesidad de liberarnos de presunciones y opiniones inapelables para abrimos confiadamente a la palabra de Dios. Tendríamos que tener experiencia y ejercitación en los asuntos de la confianza, de la esperanza y del amor y ser capaces de percibir las señas de lo Eterno, las guiñadas de Dios. En la comunidad de los cristianos tendrían que

encontrar su origen y su meta las mejores palabras liberadoras y reconciliadoras.

Cuando hemos escuchado, hemos de decir, anunciar y cantar las maravillas del Señor.

... no cualquier palabra es palabra teológica...

En el principio era la Palabra... (Jn 1,1) El punto de partida está en la palabra que revela y abre. Es palabra de Dios escuchada por un corazón e inteligencia creyentes. Y la palabra que puede decir el teólogo es respuesta que intenta decir algo acerca de Dios partiendo de lo que Dios nos ha dicho de sí mismo.

Hay momentos en que estamos hartos de palabras. Queremos palabras que *digan algo* y que lo digan más allá del instante y de la situación en que son dichas. La palabra acerca de Dios, si queremos que dure más allá del instante en que la decimos debe ser una **buena** palabra.

Una buena palabra es una palabra **viva**, que se mueve y libera de toda estrechez, despejando el camino de palabras poderosas pero agotadas, desiertas, muertas. Una palabra **viva** vale, no por la vida que pretende poseer, sino por la vida que comunica. A veces confiamos tanto en la vitalidad de lo que decimos que no atendemos al efecto que producen nuestras palabras. Y hay situaciones en que sólo hieren, lastiman, ofenden, matan también.

La palabra es un **acontecimiento interpersonal** que irrumpe en un encuentro de personas que se abren recíprocamente y **dice** algo a alguien, es decir, que implica e involucra al destinatario. Por esto es una palabra que **comunica**, que crea comunión y es **libre** de cualquier manipulación del poder. Esa palabra busca suscitar, despertar y abrir caminos, a la vez que exige y reclama decisión y respuesta, adhesión y seguimiento.

La palabra, dada a luz en el silencio, ha de ser **comprendida**. La escucha crea comunión con quien me dice algo y por ello lo comprendo. Cuando comprendo escucho mucho más que lo que se dice porque, comprendiendo, recibo lo que se *dice* junto a *quien, diciendo, se dice*.

La palabra comprendida es **abierta** y **fecunda**, remite más allá de sí misma, evoca, provoca, clarifica, muestra, crea novedad y transforma la realidad existente.

Y es palabra de **misericordia**; no acusa ni discrimina, no masifica ni confunde. La misericordia ve las cosas como son y las recibe en la fuerza del infinito amor que trasciende el ser de todas las cosas. De este modo esa palabra es **fundadora de esperanza**, descubre y anuncia la buena noticia, rasga el velo de lo que adviene, ayuda a percibir los signos de lo nuevo y de lo definitivo. La palabra de esperanza sostiene en la certeza del bien futuro y hace acontecer el futuro en el presente moviendo hacia él, haciendo crecer, animando el anhelo de una plenitud que nos salva de toda distracción o instalación en lo puntual o lo inmediato. La palabra de esperanza es crítica respecto de cualquier fin intermedio que pretenda absolutizarse como último; es crítica frente a cualquier pretensión ideológica de afirmar lo transitorio y parcial como último y total;

es tensión que llama, atrae y rescata hacia delante aún cuando creamos vivir el instante más pleno.

Por fin, esta palabra vive en el horizonte del amor. Es palabra concreta que se inclina y ofrece amistad, que nos trata y recibe como amigos aunque en ello haya de entregar la vida desangrándose.

Hacer una teología que no se agote en el instante, es hacer teología desde el silencio que da a luz una palabra viva. Y es también hacer teología desde el futuro.

La palabra escuchada cobra vida y se vuelve canto. María recibió en su seno la Palabra y se hizo al camino para anunciar las maravillas del Señor.

... hablar de Dios hoy para mañana...

No queremos una teología de la nostalgia ni una teología a la medida del instante. Queremos una teología con futuro, desde el futuro, capaz de hablar a los contemporáneos y de hacerlos pensar por sí mismos. No se trata de hacer teológicamente ciencia ficción, ni de transformar la palabra de Dios que se hizo mundo, carne, historia en mera ilusión. Se trata de una teología que, ante los desafíos de cualquier futuro que podamos imaginar, pueda llegar a la mente y al corazón de los hombres y logre comunicarles que Dios está cerca, se vuelve hacia ellos, desciende a buscarles⁵.

Anhelamos que Dios nos tenga en cuenta, nos tome en serio, nos reconozca en nuestra singularidad y nos hable personalmente. El teólogo que habla de Dios debe dar testimonio de esto, debe buscar el encuentro con los demás en su propio sentir y pensar, debe aprender a pensar-con los otros y a compartir aquellas experiencias que mueven e inspiran su pensamiento y su fe.

Hemos de aprender a mirar y experimentar. Los vientos de la secularización y el desarrollo de las ideologías que arrinconaron la fe en los últimos siglos, quisieron hacernos creer que Dios se volvió superfluo. Su muerte fue anunciada con tanta vehemencia como desolación. Pero si nos liberamos de las anteojeras que nos imponen qué hemos de ver, nos sorprenderá el panorama de un tiempo *sin Dios* que, sin embargo, está lleno de El y en el que podemos buscar el encuentro del rostro eterno nunca visto. ¿Lo dejaremos mostrarse? ¿Seremos abiertos y libres para aceptar lo que se muestra?⁶ Todo, también la presencia de Dios, se muestra en un horizonte de relaciones y significados que le regalan su luz particular. El teólogo ha de buscar no sólo la aparición y manifestación de Dios en ese horizonte, sino de comprender lo divino en el entramado relacional de ese horizonte y en su desarrollo histórico.

Lo que se muestra requiere ser dicho, quiere contar su propia historia. Para ello

⁵ Cf. WENZLER, Ludwig, Bernhard Welte Sprechen von Gott –eine Theologie, die Zukunft hat, *Mut zum Denken, Mut zum Glauben, Bernhard Welte und Seine Bedeutung für eine künftige Theologie*, Edit. Ludwig Wenzler, Tagungsberichte der Katholischen Akademie der Erzdiözese Freiburg (Freiburg i.Br. 1994), 7-17.

⁶ WELTE, Bernhard, *Geschichtlichkeit und Offenbarung*, Aus dem Nachlaß, Hrsg. v. B.Casper und I.Feige, Frankfurt: 1993, 24.33.154

necesita del lenguaje, necesita palabras. El teólogo presta sus palabras al Dios que se muestra presente, de manera que pueda hablar hoy a los hombres de nuestro tiempo⁷

Por otra parte, lo que hace luz sobre el fenómeno y su mostrarse proviene de las preguntas fundamentales que se plantea el hombre. Una teología que quiera ser comprendida por los hombres, debe considerar las preguntas de éstos sus miedos, sus anhelos y esperanzas.

La teología no se hace en la cima inalcanzable de una torre de marfil, ni en el solitario estudio del investigador que clausura el mundo y a los otros para no distraerse en ellos. La teología ha de hacerse en dirección a los destinatarios de la reflexión. Aquellos para quienes y con quienes hacemos teología deben participar en el desarrollo del pensamiento. El teólogo debe llevar a los destinatarios de su reflexión consigo, en el camino, y permitirles sentir que ellos mismos dan los pasos. Se trata de hacer nuestros lo sentimientos de los destinatarios y sus preguntas para desatarlas. El destinatario debe experimentar que el teólogo le habla de aquello que ya estaba pensando y, sin embargo, ha de tratarse de pensamientos nuevos.

Dios crea comunidad, comunica y por tanto sólo podemos hablar de Él en la voluntad de comunidad, en el esfuerzo que tiene en cuenta las posibilidades de comprensión de los destinatarios y las incluye e integra en el desarrollo del pensamiento y el discurso.

En la teología se busca una nueva expresión para la única fe, mostrando la continuidad de esa forma nueva a través de la discontinuidad de las épocas. Este proceso, que permite una nueva interpretación de la fe recibida, implica condiciones que se ubican en el ámbito del don y de la gracia, pero también otras, muy humanas, que se ubican en el ámbito de nuestra existencia y nuestro espíritu. La condición humana decisiva consiste en que de cara al mensaje del Evangelio juguemos nuestra existencia y sus posibilidades de manera que podamos encontrar las motivaciones desde las cuales el Evangelio gane su sentido pleno y vital⁸.

La Palabra de Dios quiere y necesita la resonancia en la existencia humana. Quiere ser dicha de nuevo desde las posibilidades humanas; quiere ser comprendida por el hombre para que éste la pueda realizar libremente como su propia palabra, la más auténtica e interior. El hombre debe poder comprender la Palabra de Dios como aquella palabra, que si bien le es dicha desde un origen que no es el suyo, es como si fuera su propia palabra. Se trata de con-decir y decir de nuevo la palabra de Dios con las capacidades del propio lenguaje, de modo tal, que este lenguaje propio sea totalmente recibido de Dios y por ello, dicho por Dios. El hombre es capacitado a servir de instrumento a la autocomunicación de Dios, a través de sus posibilidades humanas.

La teología debe ver lo divino encarnado en lo humano y lo humano abierto a la comunión con lo divino; es decir, debe tomar en serio la encarnación. En múltiples realizaciones humanas se manifiesta una fuerza que no proviene simplemente del

⁷ Cf. HALDER, A., Im Sprechen, Sehen und Hören. Die Ursprünglichkeit menschlicher Rede von Gott und Welt, in L. Wenzler (Hg.), Die Stimme in den Stimmen. Zum Wesen der Gotteserfahrung (Freiburger Akademieschriften; 3), Düsseldorf 1992, 31-73.

⁸ WELTE, Bernhard, Ein Vorschlag zur Methode der Theologie heute, *Auf der Spur des Ewigen* (Herder: Freiburg i.Br. 1965) 410-418.

hombre, sino que le es dada. El don no sustituye la acción humana, no la inhibe ni reprime, sino que la posibilita. Dios hace posible la confianza del hombre cuando le habla y le confía su palabra para que la diga *de nuevo*. No hablamos de la confianza de Dios al hombre en el mismo sentido en que hablamos de confianza del hombre en Dios. Pero hablamos de que Dios confía su palabra al hombre. Dios tiene el coraje de confiar en el hombre; el hombre ha de tener el coraje de confiar en Dios. Dar coraje para creer es deber y tarea específica de la teología ⁹. Al coraje corresponde la conciencia de que uno se compromete con lo que vale la pena y abre el horizonte.

El proceso de secularización provocó transformaciones irreversibles en la conciencia occidental que hacen imposible cualquier retorno nostálgico al pasado. En la época de la conciencia iluminada y secular y en los vientos narcisistas de la confusión y fragmentación posmodernas, la fe debe encarar, una vez más, la pregunta respecto de cómo se comportan, recíprocamente, el pensar y el creer. El hombre que ha conquistado su autonomía y se ha liberado de cualquier tutoría intelectual, que se autocomprende como ser de razón responsable, ¿puede creer?

Llegamos a la fe a través de la fe. El creyente acepta la revelación de Dios y da testimonio creíble de su fe. Aceptamos el testimonio de la comunidad de fe con todo lo que somos, introduciendo toda nuestra existencia en el acontecimiento de la fe.

Todos los problemas humanos llegan a sí en el pensamiento. El hombre sólo puede comprenderse como *razón que comprende el ser*. Las ciencias abren muchas regiones de la realidad, cada una según su propia manera. Esta apertura de la realidad ha adquirido en la Modernidad proporciones gigantescas. A través de estos caminos el hombre se abre hacia la dimensión que todo lo abarca, hacia el Ser. El hombre vive en una comprensión del ser, un caminar abierto, siempre renovado, hacia el límite. Y en la consternación del límite, aparece en juego lo que supera absolutamente al hombre.

En el límite puede el hombre abrirse a la Revelación. Allí donde el hombre se transforma en una pregunta que no puede ser respondida desde ninguna instancia inmanente, podemos considerar la posibilidad de una respuesta libre, histórica, que sale al encuentro del hombre, como el caso de la revelación bíblica.

El pensar, que se atreve a ir hasta el límite busca una respuesta que el pensar mismo no puede ofrecer. El pensar desafía y se descubre desafiado por algo diverso de él, por lo Desconocido, Otro.

Si es que acontece revelación en la historia y si es que existe fe humana que descansa en ella, entonces, esta revelación es un desafío para el pensar, que ha de ver si tal respuesta puede ser realmente respuesta a la pregunta de la existencia humana. El pensar desafía a la fe a que se explicita y clarifique. Aquí surge la necesidad de dar razón de la esperanza que nos anima cuando creemos.

Entonces la fe es algo vivo y la teología viva en la medida en que acepta el desafío que significa el pensar para el creer y la fe para el pensamiento. La teología debe actuar como traductora, de un lado para el otro, en el corazón mismo de la vida cristiana vivida concretamente. Los problemas teológicos quieren ser traducidos en lo

⁹ PIEPER, J., Vom Sinn der Tapferkeit (München: 1963) 50.

humano y lo humano llevado hasta lo teológico. Así adquiere la teología un carácter verdaderamente testimonial¹⁰.

La fe constituye un modo excelente de existir humanamente. De cara a la revelación el hombre se reconoce hombre de verdad. Dios no apaga las potencialidades del hombre al revelarse, menos aún, aquellas que son constitutivas de su humanidad y, por ende, don divino. Dios se dirige al hombre capaz de pensar, razón que comprende el Ser. La teología ha de ser servidora de la fe que se hace vida, interpretando y explicitando el Ser presente en la comprensión del hombre y abriéndolo a las posibilidades que se abren desde la aceptación de la revelación.

La teología es desafiada por la filosofía a la vez que toma en serio el acontecer libre de la palabra de Dios en la historia. La interacción ha de permanecer viva para que la teología supere las dos grandes tentaciones que se le presentan en nuestro tiempo: la de disolverse en un racionalismo y la de transformarse en una especie de teología de comando, que produce afirmaciones y fórmulas sin hacerlas accesibles al hombre.

La teología permanece viva en la medida en que acontece de nuevo en cada generación y en cada época. El desafío que mantiene viva la teología está en el pensamiento por el cual los hombres intentan, una y otra vez, comprenderse y comprender el mundo..

Esto no significa, en modo alguno, que las formas de una teología de otro tiempo sean prescindibles. Toda teología puede aportar algo beneficioso al presente en la medida en que descubrimos que aconteció de cara al pensamiento de su tiempo.

Así como Dios, en Jesucristo, asume la naturaleza humana, que existe en búsqueda de sí misma y es, a la vez, infinitamente abierta, así Dios asume, en el acontecimiento de la revelación que culmina en Cristo, toda la naturaleza humana hacia dentro de la relación de fe. De allí surge la necesidad de que, en una fe vivida, que no sea ideología, la razón humana histórica que comprende el ser sea concernida y tomada en cuenta por el llamado divino. En la fe vivida, la razón es desafiada por el Más de lo humano, y a la vez ésta desafía al que llama. Recién en este encuentro de la razón y la fe podemos hablar de fe verdadera y de una recepción fáctica de la revelación

La teología, en los últimos trescientos años, vivió las crisis de confrontación con las ciencias naturales y con el iluminismo histórico. Desde mediados del Siglo XIX hubo de asumir que ser humano significa ser histórico y social. Paralelamente se dio el ocaso de la gran tradición filosófica en Occidente y últimamente, la debacle de las ideologías dominantes en el correr del siglo XX.

La teología católica asumió nuevos métodos en el quehacer teológico, lo que produjo confusiones nacidas del hecho de que los especialistas de un área teológica no dialogan con los expertos de otra. Las víctimas suelen ser los estudiantes. Las ciencias teológicas, cada vez más especializadas, no ofrecen caminos que conduzcan a una posible síntesis. Son los estudiantes quienes tienen que asumir el cocktail que preparan las diferentes cátedras y ver cómo hacer de toda esa pluralidad de informaciones una totalidad de sentido.

¹⁰ ROSENZWEIG, Franz, Nuevo Pensar, *Gesammelte Schriften* 3 (Dordrecht: 1984) 153.

La filosofía no es un remedio milagroso para superar esta dificultad. Pero resulta clarificador el comprender la teología, como el pensar de la fe, como el desafío recíproco del pensar humano y la exigencia de la revelación. Para que este juego recíproco pueda acontecer en la teología, es necesario que ambos socios en este acontecimiento espiritual sean tomados en serio..

Vale la pena el ejercitarse en un tipo de conocimiento que no se reduce a adquirir una competencia positiva; el ejercitarse en el preguntar correcto puede manifestarse como fuerza integradora, que permite ver las materias diversas en el conjunto global del acontecer teológico.

La teología sólo puede hacerse comprensible a la conciencia secular si toma en serio el preguntar del hombre mundanizado. Hoy existen múltiples corrientes de pensamiento que se cierran en sí mismas y no terminan en preguntas. La teología también puede caer en esta tentación de tener respuesta para todo e implantar la adhesión del sometimiento.

Pero existe también un pensamiento capaz de formular las preguntas y los sentires últimos del hombre. La teología, si quiere ser tenida en cuenta más allá de los muros en que puede encerrarse defensivamente, debe tomar en serio el desafío que proviene de un pensamiento tal. La teología siempre habrá de luchar contra el riesgo de hablar para sí misma, de responder lo que nadie pregunta, de saberlo todo y siempre. Hay épocas tremendamente creativas en el ámbito del pensamiento teológico. Hay otras, -y modestamente creo que nos encontramos en una de ellas-, en las que hablamos mucho pero siempre de lo mismo. Así la palabra de la teología se vuelve absolutamente previsible, dice lo mismo de diversas maneras, y lo previsible es prescindible.- Sólo cuando la teología se deja desafiar por las preguntas globales que mueven a los hombres en el tiempo puede descubrir los caminos para repartir el tesoro que le ha sido confiado. La solidaridad del teólogo con las preguntas de los hombres acontece en un filosofar serio, y esto permite abrir el acceso a la decidida exigencia del Evangelio.

Entonces la exigencia del Evangelio podrá comprenderse como un aporte a la humanización del hombre, un aporte que abre lo humano a lo que lo trasciende infinitamente. La teología es interlocutora en la historia humana. Ella sólo puede hablar porque existen preguntas. El que quiere llegar a teólogo tiene que aprender, como hombre y con los hombres, a preguntar. La solidaridad con los que preguntan, el dejarse desafiar por el preguntar, es el mandamiento fundamental para una teología que, fiel a la encarnación, tenga futuro¹¹.

...futuro es adviento definitivo de Dios al hombre...

El cristiano no puede comprender el tiempo al margen de la esperanza. ***Tiempo y esperanza*** aparecen profundamente entretnejidos. La esperanza es la actitud, la virtud de vivir el tiempo cristianamente, en clave de escucha y respuesta, de vocación y seguimiento.

¹¹ CASPER, Bernhard, Die Herausforderung des Glaubens durch das Denken, *Mut zum Denken, Mut zum Glauben*, op. cit. 18-35.

Todo tiene su tiempo (Ecles. 3). Esto significa que el discernimiento acerca de cuál es el llamado de cada *hora* es constitutivo de la vida cristiana. *¿Qué* quiere Dios de mí, *ahora*? Saber que espera Dios de mí en cada tiempo es abrirse al acontecimiento de la salvación, a la irrupción de la gracia que renueva todas las cosas. La *hora*, vivida según el designio del Padre, crea comunión entre el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad.

Y, en asuntos de tiempo lo decisivo es el *futuro*.

En general *vivimos* de atrás hacia adelante, *desde el pasado hacia el futuro*, desde ayer hacia mañana. Sabemos que lo pasado es irreversible y que no podemos saltar el presente en que se juega nuestra libertad. Pero, ¿y el futuro? ¿Alcanza con decir que es lo que aún no es, lo por-venir? El futuro, en cuanto lo que aún no es, genera ilusiones y expectativas y también temores y amenazas. Cuando imaginamos el futuro como inviable o como simple repetición de lo ya conocido (más de lo mismo) podemos incluso renegar de él. Por otra parte, sabemos que cuando desaparece el futuro, su ausencia quita el sentido a todo lo que vivimos y proyectamos. Sólo nos queda entonces la *queja* y la *nostalgia* por lo perdido, la sensación de que *todo tiempo pasado fue mejor*. Cuando la ausencia de futuro nos invade, entonces el corazón se descentra en ansiedad o activismo desenfrenado, en el agotamiento por la imparable búsqueda del placer, del saber, del poder, del tener ya y ahora, *carpe diem*. No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy. Tercamente intentamos asegurar la existencia: *más vale malo conocido que bueno por conocer*.

El futuro desaparece cuando creemos que será la repetición de lo ya acontecido y también desaparece cuando lo transformamos en el lugar desde el que, por arte de magia, mañana lloverán las soluciones y la prosperidad que deseamos, sin relación alguna con lo que acontece hoy, con lo que hacemos y decidimos hoy.

El futuro sin pasado, el futuro sin presente, el futuro como acontecimiento mágico, es una ilusión. Cuando se vacía el futuro desaparecen todas las posibilidades para el desarrollo existencial. Allí nacen la apatía y las adicciones, las mil formas de huida. aturdimiento y distracción.

En general vivimos de atrás hacia delante. El *desde dónde* vivimos está en el ayer, es la hora de nuestro nacimiento o el momento en que tomamos conciencia de ser y estar aquí. Por ello, descubrir el futuro es sólo posible como opción fundamental, trascendental, que consiste en asumir nuestra vida como tránsito, camino, peregrinación. Y en el camino y en la peregrinación es relevante el *desde dónde* venimos y vivimos y ello en vínculo indisoluble con el *hacia dónde*.

La vida del hombre se despliega en la historia, desde los orígenes tiende hacia aquella meta que mantiene inquieto al corazón. Nuestra resistencia ante los límites y nuestra fantasía para intentar superarlos, parece decir que vivimos desde la convicción de que el futuro nos *pertenece*. Dado que todas nuestras realizaciones se despliegan en el tiempo y se encuentran siempre *en camino*, ¿nos esforzaríamos hasta la extenuación si no fuera porque creemos que el mañana no nos será quitado?

Aquí se ilumina otro *desde-dónde* vivir y esperar que difiere radicalmente del *ya fue*. Se trata de un desde dónde futuro que no podemos agendar. La vida es desde ayer, y hacia mañana, pero de modo decisivo es *desde dónde en cuanto futuro*, es *desde el futuro*..

Aquí *el futuro* es *acontecimiento y adviento* que da forma definitiva a la existencia.

Para Martín Heidegger¹² el ser del hombre en la temporalidad no es la sucesión de pasado-presente-futuro, sino un fenómeno unitario, un '*futuro haciéndose presente en lo ya sido*' (*gewesend-gegenwärtigende Zukunft*). No se trata de una concepción de la temporalidad sino de una experiencia: el modo en que vivimos el tiempo. Y en la experiencia, en la vivencia lo decisivo es el futuro como lo que adviene e irrumpe en el presente y cualifica toda la existencia, también lo pasado, lo ya sido.

Lo que unifica en su definitividad la historia de una persona o de una civilización es el futuro. La temporalidad es acontecimiento del futuro en el ahora de la historia. Podemos entonces decir: dime qué futuro tienes, qué futuro esperas y te diré cómo vives. Damos contenido y descubrimos el sentido de la vida desde el futuro querido y anhelado que no podemos asegurar, pero sí podemos esperar si nos es prometido de modo creíble y confiable.

Díme en qué futuro crees, y te diré quién eres. No cabe duda que la vida es diferente si creemos que nuestro futuro es el hundimiento en la nada y en la muerte, que si creemos que tiene el rostro de la presencia y la Vida.

El futuro decide todas las cosas en la medida en que se hace presente en el ya. De alguna manera, todo es siempre ya, pero todo se juega en el desde dónde, hacia dónde, desde qué dónde futuro. Todo es siempre lo que será-siendo-en-lo-ya sido. Preguntar por el futuro es preguntar por la esperanza y su cumplimiento.

¿Cuál es el futuro hacia el cual vives? ¿Cuál es el futuro desde el cual vives? Ese futuro se muestra hoy, sale a luz en tu vida, en la forma de tu esperanza. Se revela en la forma en que hoy vives tu esperanza, en el contenido, densidad, intensidad y color que esa esperanza da a tu vida ahora. Resulta difícil imaginar que lo que mueve a alguien es un futuro de fraternidad y comunión si vemos que su presente es sólo enfado, división, destructiva confrontación y reproche. No es creíble que esperemos el futuro de la alegría, si hoy no hacemos más que sacar a pasear la máscara avinagrada y quejumbrosa de la amargura y el rezongo. Hay discontinuidad entre el *desde dónde pasado* y el *desde dónde futuro*, es verdad, pero no tanta. El futuro definitivo es don y no milagro. Es don que irrumpe hoy y posibilita, actualiza el futuro definitivo.

Dios inauguró los nuevos cielos y la nueva tierra en Jesucristo. Dios inauguró el *ya* como lugar en que se juega y decide el *todavía-no*. Pascua es el acontecimiento en el ya de la historia, de aquella plenitud de vida que es el futuro de la humanidad. El Reino anunciado y prometido, significado y establecido, es simiente escondida en el hoy de la historia, semilla sembrada desde aquella plenitud futura que no nos será quitada. Dios mismo es el futuro del hombre, comunión en el amor cumplido y eterno.

¹² HEIDEGGER, Martin, Sein und Zeit, (Max Niemeyer Verlag: Tübingen 1979) 445.

Quien ha recibido el don de Dios en Cristo y lo ha aceptado vive el seguimiento, es decir, vive cada *ahora* como anhelo por el cumplimiento de aquel futuro que transfigura ya las circunstancias del presente. No ser del mundo en el mundo. No ser del ahora en el ahora. Espacio que se ilumina desde el no-espacio. Tiempo que se descubre y revela desde la eternidad. Todo comienza cuando aceptamos lo que nos es dado gratuitamente y desde allí miramos, pensamos, comprendemos, interpretamos. Conocemos el reproche que Dios dirige a los hombres que *piensan como hombres y no como Dios*. ¿Acaso no es lo normal? (cf. Is. 55,8-9)

¿Es posible que pensemos de otro modo que linealmente? ¿Sea esa línea cerrada o abierta? ¿Es posible, para nosotros, pensar desde el centro? ¿Es posible al hombre pensar desde Aquél que es Alfa y Omega, simultáneamente? Para aquél que ha aceptado el don de Dios en Cristo, para quien vive en el dinamismo del Espíritu, lo mejor y lo cumplido está por delante, todavía no es plenamente, pero está por delante como futuro haciéndose presente en lo ya sido, está por delante pero en adviento, llegando y regalando aliento de futuro a la historia de los hombres. Lo definitivo del tiempo y de la historia, lo definitivo del hombre y de toda la creación es acontecimiento de la nueva creación desde Dios, por Cristo, en el Espíritu. El todavía-no es el corazón y el alma del ya, es la esperanza del ya. Es la verdad del ya.

Y en la peregrinación, la posibilidad del futuro se llama esperanza, y la esperanza existe vinculada intrínsecamente a la fe y el amor.

Cuando perdemos el futuro se debilita la esperanza. Cuando se debilita la esperanza perdemos el futuro. El futuro no es sólo el *después* del ahora, sino lo que se abre como posibilidad cuando sostenemos, con esperanza, la fuerza de nuestros límites. Lo que abre nuestra esperanza no es el resultado ni el fruto del camino recorrido, sino que es *posibilidad y don* que adviene desde más allá del límite.

¿De qué esperanza hablamos? ¿De *lo último que se pierde*? Ella es el lugar del posible salto hacia lo Infinito, Pleno, Cumplido. Y todo salto implica riesgos. La esperanza no consiste en sacar adelante, porfiadamente, lo que no tiene futuro. La esperanza es la cosecha de lo sembrado por Aquél que no deja que su palabra vuelva a Él sin frutos (Is. 55, 10). La esperanza no niega los límites, sino que vive desde la confianza que brota de aquellos *ahoras* en que experimentamos que somos acogidos en las manos donde podemos entregar nuestro espíritu. La fe nos conduce al límite en que crece la esperanza de que el amor no pasará jamás.

Creemos en Jesucristo, que nos libró del pecado y de la muerte e inauguró la comunión sin fin en el amor que es Dios mismo. Somos el Pueblo de Dios enviado a anunciar la Buena Nueva a toda criatura. Experimentamos el límite en nuestra misión y podemos llegar a creer que los corazones ya no son tierra fértil para el Evangelio.

Cuando en nuestro anuncio del Evangelio no aparece el futuro, cuando perdemos la dimensión escatológica, el asunto es grave. Cuando nos falta lo definitivo, nos falta el desde dónde futuro desde el que jugar hoy nuestra libertad. Cuando nos faltan los cielos nuevos y la nueva tierra nos falta la meta, el *hacia dónde*, y se nos pierden el presente y el pasado. El tiempo ya no es la *hora* y muere la esperanza.

Nuestra reflexión teológica necesita un giro escatológico. Lo escatológico no es un narcótico que adormece ante las durezas de la vida. Tampoco es un placebo que disimula las frustraciones del camino. Lo escatológico es una seria advertencia: si perdemos el cielo se nos desfondará la tierra.

El giro escatológico que privilegia el futuro es la capacidad para mirar y pensar desde lo definitivo y desde allí descubrir el sentido de nuestra vida como peregrinación. El giro escatológico nos alentará a decidimos de verdad por la historia, la tierra y la creación.

El giro escatológico supone nuevos iconos y parábolas que narren lo que no podemos describir. Tenemos que poder volver a hablar de vida, muerte, resurrección, del Juicio y poder hacerlo con esperanza. Tenemos que descartar las imágenes infantiles de un infierno de torturas y tormentos que aniquilan, de un purgatorio que tortura para purificarnos y de un cielo que tortura con el aburrimiento. Tenemos que poder decir qué es el infierno, el purgatorio, el cielo en cuanto *desde dónde futuro* que acontece ya en la historia. Y vaya si se manifiestan! Hemos de anunciarlos para no caer en la tentación de construir, aquí y ahora, un cielo mediocre y para no condenarnos a vivir cotidianamente en el tormento del infierno.

Vivir en la esperanza, hora a hora, hacia Dios y desde Dios, por Cristo, con Él y en Él, hasta entregar la vida porque *todo se ha cumplido*.